

un pequeño casquete que cubría su enorme calva: *Si vuestro príncipe rehúsa humillarse ante los romanos, dejaré la Persia tan desnuda de árboles cual lo está de pelo mi cabeza.*

A fin de que no se creyera que había profesado una inútil fanfarronada en Persia, víctima á la sazón de las facciones y distraída por una guerra con la India. Ya había tomado á Seleucia y Ctesifonte cuando murió herido de un rayo (Enero de 284). Los soldados, que reconocieron en aquella muerte un fatal agüero, obligaron á su hijo Numeriano á alejarse del Tigris, término fatídico de las conquistas romanas. Este príncipe, dotado de insignes prendas, era como poeta superior á todos los hombres de su tiempo, y también figuraba como el crador más elocuente del Senado, pero fué muerto en la retirada.

Desde la Galia, donde había hecho, no sin habilidad, la guerra, tomó Carino á Roma, donde llegó á ser jefe único del imperio. En el espacio de pocos meses tomó por esposas y repudió á nueve mujeres, sin contar el gran número de ellas á quienes deshonró su lujuria. Pasaba el tiempo en conciertos, en danzas, en placeres obscenos. De órden suya se dió muerte á los amigos, á los consejeros de su padre, á los que podían reprenderle por sus vicios, ó á los que habían sido sus iguales en la vida privada. Orgullosos con los senadores, se jactaba de querer distribuir sus dominios á la plebe, á la cual divertía con fiestas, escogiendo entre ella sus favoritos, sus ministros y cómplices á un mismo tiempo, pues descansaba sobre ellos de todos los negocios, hasta de firmar los despachos y decretos.

Al borde del abismo se entregaba á la ociosidad y á los placeres, pues apenas llegó á Calcedonia de Asia el ejército con que su padre había combatido á los persas, proclamó emperador á Diocleciano, comandante de los guardias domésticos (17 de Setiembre ó 29 de Agosto de 284). Este había nacido en Dalmacia de padres oscuros; era valiente en las lides, hábil en los negocios; se mostró amigo del buen saber, poseyendo sólo conocimientos militares, y fué enemigo del fausto y de la molición. Como cundieran rumores de que se había manchado con el asesinato de Numeriano, juró que estaba limpio de aquel delito; y habiendo mandado

comparecer á Aper, suegro del príncipe difunto, dijo: *Hé aquí el asesino del emperador*, y le hundió su espada en el seno.

Quiso á la vez convencer al ejército que se satisfizo con esta prueba, y cumplir con el vaticinio de una sacerdotisa druida. Habíale anunciado que sería emperador cuando hubiera dado muerte á un jabalí, *aper* en lengua latina. Desde entonces perseguía á estos animales en la caza, y esta vez, despues de haber herido á su antagonista, dijo: *Al fin di muerte al jabalí funesto.*

Se dispuso el ejército á sostener en la guerra civil la inocencia de Diocleciano y la profecía gala, mientras él, á fin de preparar el triunfo, se ocupó en fomentar el descontento entre las tropas de Carino, quedando airoso en su empresa; pues si bien fué vencido en una batalla regular dada á orillas del Danubio, para vengarse un tribuno de un adulterio hirió á Carino con mortal golpe; en su consecuencia se halló Diocleciano dueño del imperio y tuvo la generosidad ó la política de perdonar á los parciales de su enemigo.

En los noventa y dos años trascurridos desde Cómodo á Diocleciano estuvo vacante el imperio veinticinco veces, y veintidos de ellas á consecuencia de la muerte del que ocupaba el trono. De treinta y cuatro emperadores fueron asesinados treinta por los que aspiraban á sucederles. Dueños de todo, los soldados eran á un mismo tiempo electores y verdugos. Ignórase, pues, qué podían hacer los bárbaros para empeorar semejante estado de cosas.

CAPÍTULO XVI

Emperadores colegas.

Apenas hubo consolidado su autoridad en Roma, marchó Diocleciano contra los germanos y los bretones; luego se dirigió á Oriente donde urgía más su presencia (Abril 286); pero antes de partir asoció al imperio á Maximiano, aldeano de las cercanías de Sirmio; una de las mejores espadas de la época, si bien cruel y perverso hasta el punto de que Diocleciano pudo parecer generoso, interviniendo para moderar sus actos de severidad, acaso despues de aconsejárselos él mismo. Maximiano, tomó el título de Hércules, Diocleciano el de Joviano.

Profesaba el primero gran respeto á Diocleciano considerándolo como un génio superior; necesitaba el segundo del valor de su colega en medio de tantos enemigos frenéticos de ira. A fin de poder hacer frente á todas partes, Diocleciano subdividió además la autoridad, escogiendo para darles el título de Césares, á dos generales experimentados: Galerio que se había ejercitado antes en el oficio de pastor, y Constancio, de una familia noble, denominado á causa de su palidez Chloro. Maximiano dió á este último su hija en matrimonio, y Diocleciano la suya á Galerio. De este modo dividieron entre ellos, si no la administración, la defensa del imperio. Confiáronse á Constancio la Galia, la España y la Bretaña; á Galerio las provincias de Iliria junto al Danubio; á Maximiano el Africa y la Italia; Diocleciano se reservó la Francia, el Egipto y el Asia. Sin embargo, este acomodo no produjo el efecto de destruir la unidad monárquica, porque aquellos que Diocleciano se había agregado miraban sin oposicion como el primero y un *gran Dios* á aquel á quien debían su encumbramiento. Obrando con un concierto no comun entre los poderosos, único entre cuatro guerreros de patria, de edad y de carácter diferentes, se asistían recíprocamente con sus consejos y sus brazos; fueron vigiladas más de cerca las provincias, y las legiones aprendieron á respetar la vida de sus jefes, viendo que no hubiera producido ningun resultado el asesinato de uno de ellos.

Maximiano exterminó en la Galia á los paisanos, que con el nombre de baguados se habían insurreccionado contra la opresion de los ricos; pero Carausio, ciudadano oscuro de la Menapia, investido con el mando de la escuadra estacionada en Gesoriaco (Bolonia) para defender la Bretaña de las incursiones de los francos, los dejó pasar á la isla, y de allí se entregaron al saqueo; cayendo despues sobre ellos á la vuelta, les despojó de su botín (287). Temeroso entonces del castigo sublevó á los insulares y tomó el título de Augusto. Sostúvose en el país por espacio de siete años contra los caledonios y los romanos. Había alistado á la flor de la juventud franca, á la cual ejercitaba en las maniobras de mar y tierra, y haciendo el corso con sus naves, asolaba las cos-

tas del Océano hasta las columnas de Hércules.

No pudiendo someterle Maximiano por falta de naves, celebró con él un acomodo, por cuyo texto le cedió la soberanía de la Bretaña con los honores imperiales (292). Posteriormente Constancio comenzó de nuevo las hostilidades; pero en lo más reñido de la lucha supo que Carausio había sido asesinado por Alesto (294), quien le sucedió en su poder vacilante. Poco tiempo despues fué vencido este último, y tornó á ser incorporada al imperio la Bretaña, desmembrada de él por espacio de diez años.

Encamináronse á Milan Maximiano y Diocleciano, uno desde la Galia y otro desde la Arabia, á fin de ponerse de acuerdo sobre los medios de defensa, siendo cada vez más amenazador el peligro en presencia de los bárbaros, que multiplicaban sus irrupciones por todas partes. Los godos habían sometido á los burgundos, á los vándalos, á los gépidos; los blemmyos estaban en guerra con los etíopes y con los moros. Cuando los persas daban tregua á sus discordias intestinas, se lanzaban sobre la Mesopotamia y la Siria. Habíanse ligado las tribus de Africa contra Roma. Marco Aurelio y Juliano en Italia, Aquileo en Alejandría, habían tomado el título de emperadores; pero los esfuerzos reunidos de los cuatro soberanos supieron obviarlo todo. Constancio afirmó la dominación romana en Germania; Diocleciano doméñó á Aquileo en Egipto, castigando severamente al país, del cual cedió una parte á los nubios para oponer una barrera á los blemmyos. Maximiano pasó de las Galias á Africa para someter á los moros.

Fué más importante y gloriosa que otra alguna la expedición contra los persas. Cuando éstos subyugaron la Armenia bajo el reinado de Valeriano, Tiridato, hijo de Chosroes, que acababa de ser asesinado, fué puesto en salvo por algunos amigos. Educado en Roma en la escuela del infortunio, pudo amaestrarse allí en las artes de la paz y de la guerra, y adquirir amigos. Dueño de la Armenia el extranjero durante este período, la hermozeaba con magníficos monumentos; mas no por eso aparecía menos odioso á los ojos de los habitantes, en virtud de las medidas tiránicas que le inspiraba el temor de un levantamiento, y más especialmente á consecuencia de su intolerancia, que

después de haberle inducido á derribar las estatuas del sol, de la luna y de los reyes divinizados, le inclinaba á encender el fuego de Ormuzd sobre la cumbre del monte Bagavo.

En el tercer año de su reinado confirió Diocleciano á Tiridato el trono de Armenia. No bien se presentó este príncipe en la frontera, se agrupó toda la nobleza en torno de su estandarte; fué expulsada la guarnición persa y se prepararon todos á defender la independencia nacional. Auxiliólos en su empresa un escita llamado Mamg, cuya tribu se había instalado algunos años antes en las fronteras del imperio chino, que se extendía entonces hasta la Sogdiana. Incurriendo en la cólera de Von-ti, príncipe á la sazón reinante, se retiró hácia el Oxo, y se puso bajo la protección de Sapor. Este príncipe por no hacer traición á la hospitalidad se negó á entregarle á los chinos, y sólo evitó la guerra prometiendo confinarle á la extremidad oriental de sus estados. Señalóse, pues, un inmenso territorio deshabitado en la Armenia á la tribu escita, para que se trasformase allí á su albedrío y con ayuda del tiempo. Pero en estas circunstancias en vez de defender Mamg á su huésped, se unió á Tiridato y le auxilió poderosamente para recuperar su reino.

No sólo libertó el príncipe armenio su país de los persas, sino que avanzó en sus escursiones hasta la Asiria, aprovechándose de la agitación que alimentaban allí las disensiones entre los dos hermanos Ormuz y Narses; á pesar de haber solicitado aquél la asistencia de los bárbaros, que moraban á orillas del mar Caspio, salió vencedor éste. Entonces dirigió todos sus esfuerzos contra Tiridato, que destronado otra vez se vió en la necesidad de refugiarse á Roma.

Reclamaban igualmente la guerra el honor y seguridad del imperio, y para dirigirla estableció Diocleciano su residencia en Antioquía; pero ménos dotado de valor que de destreza, confió el mando del ejército á Galerio, quien se adelantó contra Narses y fué batido cerca de Carrhas, en el lugar ya testigo de la derrota de Craso. Humillado por los desdenes con que le abrumó Diocleciano reunió nuevas fuerzas; y vencedor esta vez cogió á Narses un inmenso botín con una multitud de prisioneros, entre cuyo número se hallaron las mujeres y los hi-

jos de Narses. En vista de aquel desastre mandaron la paz los persas, y la obtuvieron á condición de ceder á los romanos la Mesopotamia, y cinco provincias más allá del Tigris, de modo que el Araxo formara la frontera de ambos imperios. Tiridato ascendió nuevamente al trono y devolvió á Narses sus mujeres y sus hijos.

Fué más larga la paz que de costumbre, pues se mantuvo hasta fines del reinado de Constantino. Mucho ganaron los romanos en verse seguros por aquella parte, y especialmente con la alianza de los carducos (kurdos), tales como los había encontrado Jenofonte, es decir, valientes defensores de su libertad; y por el lado de la Iberia, comarca estéril y salvaje, pero cuyos habitantes debían oponer una barrera á las hordas sármatas, á quienes el amor al botín atraía por intervalos á las ricas comarcas del Mediodía.

Para la defensa de sus fronteras estableció Diocleciano, desde Egipto hasta el territorio de los persas, una línea de campamentos provistos de buenas armas, que suministraron los arsenales recientemente formados en Antioquía, en Emeso, y en Damasco; ejecutó lo mismo desde la embocadura del Rhin hasta la del Danubio por medio de los antiguos campamentos y de nuevas fortalezas, tan perfectamente dispuestas, que nunca se aventuraron los bárbaros á traspasarlas, distraídos, además, por sus disensiones intestinas, que Diocleciano sabía fomentar para agotar sus fuerzas. Pero cada vez que suspendieron sus luchas para arrojar al territorio romano, encontraron allí para repelerles las felices disposiciones de Diocleciano y el brazo de sus colegas. Hacia distribuir los prisioneros entre las provincias, reservándolos especialmente para aquellas cuyos habitantes habían sido diezmados por la guerra, á fin de emplearlos en guardar rebaños ó en la agricultura, y veces también en la milicia. Esto equivalía á alimentar una serpiente dentro del imperio.

No pareciéndole á Diocleciano conveniente la situación de Roma para la defensa, estableció á su colega en Milan, que alzándose al pie de los Alpes, ciudad populosa, bien construida, con circo, teatros, fábrica de moneda, palacios, termas, pórticos adornados de estatuas, y un

doble muro, le permitía vigilar más cerca de los bárbaros de la Germania. Escogiendo después para sí propio el punto de Nicomedia, en los confines del Asia y Europa, se dedicó á nermosearla, y en pocos años rivalizó la nueva residencia imperial con Roma, Alejandría y Antioquía. Aquella mansion gustaba mucho á Diocleciano cuando estaba cansado de Roma, de su insolente plebe, y de su Senado que todavía pensaba en abrogarse algunos derechos, cuando todo se plegaba ante la omnipotencia de la espada. Fuera de Roma, los dos Augustos podían desplegar en los campamentos y en los consejos de las provincias una autoridad absoluta. Acerca de la confección de las leyes no consultaban más que á los ministros, sin referirse, ni pedir parecer al gran consejo de la nación. A fin de arrancar á aquel cuerpo hasta los últimas apariencias de consideración, permitió Diocleciano á su colega dar vado á su feroz índole, castigando conspiraciones imaginarias. Los pretorianos que, conociendo cuanto decaía su importancia bajo aquella administración vigorosa se inclinaban á prestar ayuda al Senado, fueron disminuidos en número y privados de gran parte de sus privilegios. Dos legiones ilirias les sustituyeron para custodiar á Roma, bajo el nombre de jovianos y hercúleos.

Ya no parecieron necesarios los nombres de cónsul, de censor, de tribuno para ejercer bajo designaciones republicanas una autoridad que había destruido la república. El emperador, que ya no era general de los ejércitos de la patria, sino jefe del mundo romano, fué llamado *dominus*, no solo por los aduladores, sino también en los actos públicos, con títulos y atributos divinos. Reconociendo quizá que al pasar por manos viciosas, á antojo del ejército, la autoridad imperial había decaído en la opinión considerablemente, y cuán imposible era volverla á su principio, pensó Diocleciano en renovar su esencia. Como era italiano, no sentía arrancar á su patria una supremacía comprada á costa de tanta sangre. Habitado en los campamentos á la disciplina que no razona, y al esplendor que fascina las almas, lo amoldó todo al uso oriental. A aquella sencillez que habían conservado los emperadores en sus vestiduras, en su trato inferior, y en las públicas audiencias, porque solo se consideraban como

los primeros ciudadanos, substituyó el fausto asiático, y tomó la diadema que había costado á César la vida. Seda, oro, pedrerías, cubrieron de piés á cabeza su sacra persona; las *escuelas de oficiales domésticos* custodiaron las avenidas del palacio, donde comenzaron á anudarse las intrigas de los enucos. Todo el que en medio de aquella muchedumbre, y después de un ceremonial interminable, se acercaba á la majestad del emperador, debía posternarse en muestra de adoración, como los persas ante el representante de la divinidad en la tierra. Así el trono en que se sentaba con tanta sencillez Augusto, había recibido á un Ciro, á un Sesostri, á un Autócrata, que á beneficio del misterio y de la pompa con que se rodeaba, pretendía imponer respeto á las gentes de guerra y sumisión al pueblo.

Dos emperadores y dos Césares multiplicaban aquellas exterioridades fastuosas, así como los empleados, los sirvientes, y todos aquellos cuyos oficios reclama el lujo. Rivalizando entre sí en esplendor las cuatro córtes, se aumentaron por una parte las intrigas, y por otra los impuestos; de consiguiente, mientras subsistió el imperio, nunca cesaron de alzarse quejas sobre la aprobación de las contribuciones. Si las medidas indispensables para el sosiego interior y para la defensa exterior eran ahora más ejecutivas, el sentimiento de la unidad se debilitaba, y los espíritus se preparaban para la distribución que se efectuó más tarde é hizo de uno dos imperios.

Aunque la culpa recae sobre Diocleciano, como autor del nuevo sistema, justo es decir que procedió moderadamente en todas sus reformas. Continuó haciendo al pueblo las distribuciones acostumbradas; pero queriendo durante una carestía fijar los géneros á un precio barato, sólo consiguió que fuera más subido. Debiéronsele suntuosas construcciones en Milan y en Cartago, independientemente de las de Nicomedia, y de las termas con que embelleció á Roma, magnífico edificio donde podían bañarse treinta mil personas, y al cual reunió la biblioteca de Trajano. No hubiera sido, pues, tan odiosa su memoria á no haber perseguido con extremada ferocidad á los cristianos.

Con justicia se atribuyó en el vigésimo primer año de su reinado los honores del triunfo;

y al ver el pueblo romano llevar las imágenes de rios y ciudades persas todavía no avasalladas, las de los hijos y la mujer de Narses, pudo hacerse ilusión acerca de la eternidad del Júpiter Capitolino.

Pero ¿podían mirar los romanos con buenos ojos al que había arrebatado á su ciudad el privilegio de ser la capital del mundo? Desaparecía la magnificencia con que se rodeaba Diocleciano ante la de los triunfos de Carino y otros; así disparaban contra el autócrata frases picanterías é insoportables para su orgullo; acreditó todo su despecho abandonando repentinamente (17 de Noviembre) las siete colinas, sin aguardar el próximo día de entrar como cónsul en el ejercicio de sus funciones.

Habiéndose dirigido entonces hácia las provincias de Iliria contajo allí una enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro. No obstante, consiguió restablecerse; mas no sintiéndose con bastante robustez para sostener la carga del imperio resolvió abdicar, no por filosofía como los Antoninos, ni por cansancio de las contrariedades experimentadas, como Carlos V, sino con un pensamiento de bien público.

Desde lo alto de un trono erigido en medio de la llanura, cerca de Nicomedia, declaró su resolución al pueblo y á los soldados, nombrando Césares á Maximino y á Severo (1.º de Mayo de 305). Maximiano abdicaba en Milan el mismo día cumpliendo el juramento con que se había comprometido de antemano con su colega. Diocleciano se retiró á un suntuoso palacio que había mandado construir en Salona, en el sitio donde se alzó despues Spalatro. Allí vivió nueve años en una condición privada, respetado, y consultado por los príncipes, á quienes había cedido el imperio. Solía exclamar á menudo: *Ahora vivo; ahora contemplo la hermosura del sol.* Cuando Maximiano, que se había retirado á la Lucania, le estrechó para que tomara el poder nuevamente, obtuvo por respuesta: *No me darias ese consejo si vieras las excelentes lechugas que he plantado por mi mano en Salona.* Cuando le ocurría reflexionar acerca de los peligros que rodean á un soberano, decía: *¡Cuántas veces se ponen de acuerdo dos ó tres ministros para engañar al príncipe, que separado del resto de los hombres, rara vez llega á informarse de la verdad, ó no la sabe nunca! No viendo, no oyen-*

do más que por los ojos y los oídos ajenos, confiere los empleos á hombres viciosos ó incapaces, descuida á las personas de mérito; y aunque sea cuerdo permanece como presa de cortesanos corrompidos.

Sin embargo, perturbaron su soledad los disturbios que se suscitaron en el imperio, las desgracias de su mujer y de su hija, algunas injurias recibidas de sus sucesores. y hasta se dice que se quitó la vida (Mayo de 313).

No bien se dejó de sentir la mano robusta, que había empuñado por largo tiempo las riendas del Estado, tornaron á agitarse las discordias, admirablemente reprimidas hasta entonces en el imperio, que fué disputado entre diferentes príncipes en el trascurso de diez y ocho años. Constancio y Galerio habían sucedido con el título de Augustos á Maximiano y á Diocleciano; el primero, mayor en edad, continuó gobernando la Galia, la España y la Bretaña con una suavidad generosa y modesta; quería, según su dicho, que fueran sus súbditos ricos más bien que el Estado. Cuéntase que Diocleciano le envió un día quejas porque no había oro en caja. Constancio invitó á los diputados á volver dentro de unos días para conseguir respuesta; en aquel intervalo informó á los principales habitantes de sus provincias de como necesitaba dinero, y se lo llevaron á porfía. Poniendo entonces de manifiesto aquellos tesoros á los enviados les rogó que explicaran á Diocleciano como era el más rico de los cuatro príncipes; sólo que depositaba aquellas riquezas en manos del pueblo, reputando su amor por el tesoro más seguro y abundante de un soberano; despues de la partida de los diputados volvió á enviar el dinero á aquellos á quienes pertenecía. En lo más sañudo de la persecución dió asilo á los cristianos, cuya gratitud le ensalzó hasta las nubes. Si hemos de dar crédito á Eusebio, aconteció que Constancio, fingiendo querer perseguir también á los cristianos, intimó á los oficiales del palacio y á los gobernadores optar entre su fé y sus empleos. Algunos por haber abjurado, oyeron sus reconveniones y fueron destituidos, en atención á que habiendo sido traidores respecto de Dios, debían hacer traición al príncipe más fácilmente; al revés, otorgó su confianza y los empleos superiores á aquellos que habían escuchado la voz de la

conciencia con preferencia á sus intereses. Por un rescripto que, inserto en el código, merecía ser adoptado por los que han sacado de allí tantas tiránicas leyes, rechaza los libelos anónimos «no habiendo manera de concebir sospechas de un ciudadano, que no tiene acusador, sino solamente un gran número de enemigos.»

Por el contrario Galerio, hombre valeroso, si bien astuto y arrogante, pasa por haber puesto en planta ruines artificios para determinar á Diocleciano á perseguir á los cristianos, y para hacerle abdicar en seguida. Maximino, su sobrino, tosco en sus palabras y en sus obras, gobernó en calidad de César el Egipto y la Siria; Severo, otro César, el Africa y la Italia; Galerio, que dominaba á aquellos dos príncipes, sus hechuras, y á Constancio, cuya salud era vacilante, se lisonjeaba de ser único soberano del imperio y de transmitirlo á su familia; pero en los hogares de su colega había nacido el que debía desbaratar sus proyectos.

Constancio había casado en primeras nupcias con una mujer de condición oscura, si bien en extremo piadosa, llamada Elena, en quien tuvo á Constantino, dándole á luz probablemente en Naiso, ciudad de la Dacia. Ora fuese por contemplaciones á su nueva esposa, ora por desconfianza de ella, envió su hijo á la corte de Diocleciano. Seducido éste por las cualidades no comunes de aquel mancebo, gallardo, generoso, afable, cuyo ardor juvenil templaba una varonil prudencia, haciéndose querer del pueblo y de los soldados, cuidó de que le educaran con esmero. Galerio concibió celos, y cuando Diocleciano tuvo que nombrar dos Césares, prescindió de Constantino con gran disgusto de las legiones. Ascendido á Augusto, tuvo siempre en él fijos sus ojos, y le hubiera dado muerte á no tener miedo al ejército, que le era favorable, y si por otro lado no hubieran abortado sus traidores proyectos. Habiendo llamado Constancio cerca de sí á su hijo, le opuso mil obstáculos Galerio; mas pudo libertarse de ellos, y habiéndose unido á Constancio, hizo venturosamente en su compañía la guerra en Bretaña á los pictos y á los caledonios.

A la muerte de Constancio (25 de Julio de 306), fué saludado Constantino emperador por los soldados, y según costumbre, dirigió al otro Augustus, así como á los Césares, su

propia imagen con las insignias del imperio. A pesar de la cólera que ahogaba á Galerio, se decidió á enviarle la púrpura, por evitar la guerra civil, dándole el título de César, y á Severo el de Augusto.

Entre tanto las crueldades de Galerio, su larga ausencia, y un encabezamiento general de las riquezas de todos, hecho con un rigor que recurría al tormento para obtener la confesión de los bienes ocultos, habían determinado un levantamiento general en Italia. Maxencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, se hizo proclamar Augusto (28 de Octubre). Algunos han creído que había sido supuesto por su madre; por lo demás, feo, vicioso, aborrecido, ganó á la guardia pretoriana á fuerza de dinero. Prestáronle ayuda y apoyo los romanos con la esperanza de librarse de Galerio, los paganos con la de restablecer el antiguo culto. Saliendo entonces Maximiano de su retiro, volvió á sentar su mano en los negocios, y recibió en calidad de colega de su hijo los homenajes del pueblo y del Senado.

Severo acudió desde Milan para refrenar á aquellos usurpadores, pero su ejército que en un tiempo había obedecido á Maximiano, se pasó á las filas de su emperador antiguo. Hallóse de consiguiente asediado en Rávena y obligado á ceder la púrpura á su rival, que le prometió la vida y se la arrancó luego. Tranquilo por aquel lado Maximiano quiso asegurarse la amistad de Constantino; dióle, pues, en matrimonio á su hija Faustina con el título de Augusta (1.º de Marzo de 307). A este tiempo había penetrado en Italia Galerio; pero viendo la inmensidad de Roma, ó mas bien la constancia con que ella empleaba sus riquezas contra el que quería arrebatárselas, no osó ponerla asedio y se retiró á Terni, desconfiando luego de las disposiciones de su ejército, retrocedió camino, causando mas destrozos que hubieran podido hacer los mismos bárbaros.

Viéndose Maximiano ménos considerado de lo que había presumido, aspiró á suplantar á su propio hijo; pero engañado en su esperanza, se encaminó adonde estaba Galerio, según unos para excitarle contra Maxencio, y al decir de otros para acechar la ocasión oportuna de venderle. Sea como quiera, Galerio dió por sucesor de Severo á Licinio, amigo suyo, como